racio graciosamente las voces de una lengua viva con las hojas de los árboles, concede al parecer grandísima preponderancia a la ley de las mudanzas. Es más: como que ya presentía el invierno que en breve despojaría a la lengua latina de sus galas. No son extraños en Horacio aquel juicio extremado y este melancólico augurio, tratándose de una lengua que en pocos años se había realmente trasformado, y desenvolviéndose, llegado a un alto grado de perfección. Él literalmente, y como entre las manos, la había visto crecer.

Por otra parte, los estudios etimológicos de aquel tiempo estaban en mantillas, y la antigua filología greco-romana era a la moderna ciencia del lenguaje, lo mismo que los sueños astrológicos de otros siglos a la astronomía de los nuestros. Las lenguas que marchan sin orígenes conocidos, sin la luz con que lo pasado alumbra el camino de lo porvenir, son a la manera de hombres nuevos, que no tienen la guía y el freno de las tradiciones de familia: lánzanse con facilidad por sendas peligrosas, que acaso llevan a trances de muerte. Horacio colocó el lenguaje en el número de las invenciones humanas, juzgándole por lo mismo perecedero. *Mortalia facta peribunt.* Desconocía que el lenguaje no es invención de

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.